LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL JAPÓN TOKUGAWA



Titulación: Licenciatura en Antropología Social y Cultural.
Facultad: Geografía e Historia.
Asignatura: Antropología de la Organización Social.
Nombre del alumno: David Moreno Orellana.
Grupo: 1ºB.
Fecha: Abril de 2010.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objeto ofrecer, en medida de lo posible, el análisis de una realidad etnográfica perteneciente a un tiempo pasado, la del Japón Tokugawa. Por este motivo, y asumiendo las dificultades y posibles carencias que pueda conllevar, la bibliografía de apoyo ha sido esencialmente historiográfica, salvo excepción de *"El crisantemo y la espada"* de Ruth Benedict. Con todo ello, se pretenderá una reconstrucción tentativa de los principios conformadores de la organización social del Bakufu en el siglo dieciocho, un intento de esbozar un retrato aproximado de la sociedad japonesa del Japón Edo, entendida como si de un presente etnográfico se tratase. A continuación, de modo introductorio, ofreceremos unas pinceladas del origen y situación histórica del Japón Tokugawa, sin extendernos demasiado a fin de no concurrir en una revisión histórica que desviaría el análisis antropológico.

Se conoce como "Era Tokugawa" o "Era Edo" al periodo comprendido entre el ascenso de Ieyasu Tokugawa como Shogun en 1603, y la caída final de su dinastía en 1869, dejando paso a la llamada "Era Meiji". Conforma el periodo de paz más extenso de la historia conocida de la nación japonesa; un periodo de aislamiento autárquico, con una administración muy descentralizada y un control riguroso del orden social por parte de una autoridad militar. Entendiendo que en un periodo de más de 200 años se pueden producir cambios notables en el funcionamiento interno de un sistema social, este trabajo se centra sobre todo en los últimos años de este periodo, caracterizados por una inestabilidad creciente reveladora de los desequilibrios internos que acabarían por hacer que el Shogunato se derrumbase.

De forma aclaratoria, podemos definir el Shogunato o Bakufu como un sistema de gobierno en el cual un Jefe militar soberano (el Shogun) gobierna sobre una coalición de jefes regionales llamados "Daimios". Ambos títulos son heredados por vía patrilineal, y, aunque el gobierno central ejerza un control y vigilancia severa sobre estos jefes, lo cierto es que este se limita a socavar el peligro de insurrección, dejando un margen de actuación casi total al Daimio en el ejercicio de su labor administrativa. Separado del poder shogunal, al emperador se le atribuye un poder simbólico, de tipo espiritual, pero su capacidad de decisión sobre aspectos políticos es nula.

Para entender el origen de este tipo de gobierno, que se repetiría una vez tras otra en la historia del Japón, es necesario retrotraerse al Siglo II d.C., para hablar del primer gobierno que se alzó unificando la nación, el "Estado Yamato". Antes de este momento, existían grupos domésticos distribuidos de forma irregular a lo largo de las islas, de los cuales se sabe relativamente poco. Estos grupos (los jomon) se organizaban conforme a reglas patriarcales, vivían principalmente de la agricultura y practicaban la religión Shinto (que perdura hasta el periodo Tokugawa, donde convive con el budismo y el confucianismo). Según parece, ya en este momento se daba una segmentación social en tres estratos: los "Uji" (linaje de familias con Amaterasu como antepasado común, la diosa solar del sintoísmo), los "Be" (campesinos) y los "Yatsuko" (esclavos). A partir de esta organización primaria, el cabeza de familia de uno de esos Uji, fue unificando a los Ujis vecinos mediante la diplomacia o la guerra, uniendo finalmente a todos bajo un mando central, el del jefe de la "Casa principal de los Uji del Sol". Así apareció la figura del Jefe Yamato, título que se convertiría en hereditario, albergando la

exclusividad de la ascendencia divina (podemos conectar esto con la lectura que ofrece la mitología Shinto en cuanto al origen de la dinastía imperial, descendientes de un supuesto primer emperador llamado Jimmu, nieto directo de Amaterasu). Así también los Uji quedaron divididos en dos categorías: El clan soberano o "Ujis del Sol", y los "Ujis menores", el resto de clanes vasallos cuyos jefes ejercerían el mando local en sus respectivas zonas de residencia. De esta forma quedaba configurado este estilo japonés de gobierno, que con el tiempo (y una vez separado el poder imperial del de las respectivas dictaduras militares) conllevaría sucesivas guerras internas debido a la tensión siempre existente entre ese poder central y los diferentes jefes locales, que a menudo aspiraban a disputar el mando de la nación formando coaliciones insurrectas. Así fue de hecho como Tokugawa Ieyasu ascendió al poder, siendo en principio un Daimio o jefe local, que tras vencer en la batalla de Sekigahara se convirtió en Shogun, dando paso al periodo que ocupará las páginas de este trabajo.

Tras esta breve introducción intentaremos centrarnos en el presente del Japón Tokugawa, aunque tal vez pueda ser necesario a menudo referenciar ciertos hitos históricos, pero siempre de forma aclaratoria y sin desviar la atención del análisis antropológico. Analizaremos aspectos determinantes del modelo de organización social, tales como la segmentación por castas, la conformación de grupos de edad, las ideologías dominantes, etc.

1. SEGMENTACIÓN SOCIAL

La sociedad Tokugawa se establece como un sistema de castas o "Mibunsei". Cuatro estratos sociales completamente cerrados (aunque existan contadas excepciones de apertura que serán detalladas más adelante) a los que se pertenece por adscripción de forma vitalicia, y que establecen el estatus , el estilo de vida, los cultos permitidos, las zonas de residencia, etc., de los sujetos en función de su pertenencia a los mismos. Esta división en cuatro grupos debe su origen al confucianismo chino, que establece un sistema de estratificación social, a saber en; eruditos, campesinos, artesanos y comerciantes. Cuando este sistema llega por difusión al Japón, se adapta cambiando el grupo de los eruditos por la antigua clase guerrera de los samuráis, que durante el periodo de paz se convierten en una élite burocrática de administradores acomodados. Aunque esta división existía desde tiempo atrás, es realmente en el periodo Edo cuando se establece por ley, a través de normas escritas que dictaminan la pertenencia, y consecuencias de la misma, a una u otra casta. Se recogen en estas normativas aspectos tan concretos como el tipo de ropa que se puede llevar, alimentos que se pueden comprar, tipo de casa que se puede habitar, o la obligación de colocar una tablilla identificativa de la casta en la puerta de la misma.

La influencia del pensamiento confuciano, altamente racionalista y moralista, debe ser tenida en consideración a la hora de analizar este sistema. Las castas se convierten en compartimentos ideales en los cuales la población queda distribuida de forma organizada, así se consigue un esquema de funcionamiento imbricado en rígidos principios morales que dictaminan el cómo y el por qué del sitio que cada uno ocupa en la vida. La búsqueda de la homeostasis a través de la estipulación de disposiciones inamovibles se hace patente en preceptos como el "Taigi meibun" (principio confuciano de magna justicia, lugar adecuado). El Taigi meibun dictamina que el lugar ocupado por cada uno en la sociedad viene dado por un principio de magna justicia universal, es este principio el que otorga su rango al emperador, al Shogun, al samurái o al plebeyo. Otro ejemplo claro sería el tratamiento que de los comerciantes hace la moral confuciana, siendo el estrato peor considerado. Tratados como sujetos improductivos, meros transportadores de artículos, los comerciantes son despreciados por dedicarse a una actividad moralmente condenada, la usura (al estilo de la Europa feudal). Puede hacerse una lectura de esta condenación de la actividad lucrativa en términos de control social, ya que, en una sociedad con economía monetaria como lo es esta, el crecimiento y promoción de la clase comerciante podría hacer temblar los pilares del feudalismo (como de hecho lo hizo, pero esto será tratado más adelante). A través de la sacralización de este tipo de preceptos se consigue perpetuar una maquinaria ideológica que hace del conformismo y la sumisión elementos reguladores del orden social. Sin embargo, la idea de la insurrección no desaparece totalmente, como veremos en el capítulo "cambio social".

A seguir, intentaremos un acercamiento a la realidad de cada una de las castas por separado.

1.1.SAMURAIS

Aquellos que en otro tiempo fueron guerreros, instruidos en las artes del combate y sirvientes de los grandes señores, son los antepasados de la casta samurái del periodo Tokugawa. Lo cierto es que poco queda en esta época de la figura del antiguo guerrero ataviado con armadura y espada. Por el contrario, lo que existe es un cuerpo burocrático dedicado a labores administrativas, artísticas, educativas, etc., que se especializa como élite erudita para dotar de sentido su existencia en una época de paz, donde de poco sirve una clase guerrera. La regulación interna de la casta samurái es una reproducción exacta de la que se estableciera en los principios de la era Tokugawa, conservando la misma disposición de los linajes en cuanto a funciones, privilegios o dotaciones económicas, y ocupando no más de un 5% del total de la población. Estos conceptos serán desarrollados a continuación con más detenimiento.

Para empezar a profundizar en el estudio de los samuráis es esencial hacer referencia al concepto de linaje, que aparece confundido en la bibliografía a menudo con el de clan. En los principios del Shogunato, y dependiendo del lugar que en la batalla por el control del país hubieran ocupado los distintos linajes ya existentes, estos recibieron una asignación que seguiría siendo la misma hasta el final del régimen. Esta asignación delimita la distancia simbólicamente establecida entre el linaje en cuestión y la casa shogunal Tokugawa, en función de la cual varía el estipendio fijo de arroz que recibe el cabeza de familia y con el cual debe administrar el hogar, así como los honores recibidos, los derechos y deberes asignados, etc.

El origen de estos linajes es diverso. En algunos casos se remonta a antiguos jefes guerreros fundadores, en otros se encuentra en algún miembro de la casa imperial en épocas pasadas, en otras ocasiones sencillamente se desconoce el origen, que se pierde en las continuas ramificaciones si se sigue la línea de ascendencia. Es aquí donde toma sentido la matización señalada entre clan y linaje. Aunque se suelan referenciar estos grupos de parentesco en calidad de “clanes”, lo cierto es que el antepasado común siempre es una personalidad identificable y relevante, con nombre y hazañas datadas en la historia del pueblo (por ejemplo el clan Imagawa, fundado por Kuniuji Imagawa, o el clan Asakura, descendientes del príncipe Kusakabe). Aun en los casos en los que es imposible reconstruir la ascendencia al completo, se atribuye la procedencia a los sucesivos desgajamientos de linajes más antiguos, pero nunca a la descendencia común de un antepasado mítico. Es por ello que en adelante hablaremos de “linajes” y no de “clanes” samuráis. Las familias que integran estos linajes también están interrelacionadas de forma jerárquica, jerarquía que aparecerá de forma recurrente en el análisis de casi cualquier ámbito de la sociedad japonesa. Abordaremos este tema con más detenimiento en el capítulo dedicado al parentesco.

Si hubiéramos de buscar un parámetro lo más objetivo posible, con el cual estimar la posición o estatus ocupado por un linaje en relación al resto, ese sería el del estipendio de arroz. El estipendio es emitido por el Bakufu a través de una lógica redistributiva, tomado de los tributos que los campesinos deben a sus respectivos señores, y estos a su vez al poder central. Los ingresos del samurái, por tanto, se corresponden en principio con la cuantía asignada a su

linaje desde principios del régimen. Cuando debido a algún tipo de acto heroico un linaje consigue ascender en la escala social, el Bakufu le recompensa con honores simbólicos, acompañados de un aumento en el estipendio. De esta forma podemos decir que, al menos tentativamente, la asignación económica es un factor fiable para determinar la “clase” del samurái, entendida en términos materiales si se nos permite la licencia (nos acogemos aquí a la diferenciación entre estamento y clase social, ya que, perteneciendo todas a la casta samurái, las diferencias entre situaciones concretas son a menudo abismales, de la opulencia a la más extrema escasez). En base a ello podemos hablar de una primera gran división entre:

- Samuráis que perciben un estipendio de más de diez mil kokus de arroz (un koku = ciento ochenta kilos). Son los llamados Daimios, señores titulares de feudos con grandes rentas.

- Samuráis que perciben menos de diez mil kokus de arroz. Estos se subdividen a su vez en Hatamoto “hombres de bandera”, que son admitidos en las audiencias del Shogun, y Kenin “hombres de casa”, que son asalariados no admitidos en dichas audiencias.

DAIMIOS

Los Daimios son los señores dirigentes, cabezas de familia pertenecientes a los linajes mandatarios desde tiempos antiguos. Estos linajes se pueden dividir a su vez en dos grandes grupos, con pequeñas matizaciones: por un lado aquellos que sirvieron a Ieyasu Tokugawa en la batalla por el poder de la nación a principios del régimen. Por otro, los que lucharon en el bando contrario. Esta división se sigue manteniendo durante todo el régimen.

Las familias contrarias a los Tokugawa son blanco de un control y vigilancia mucho más férrea por parte del Shogunato, además de recibir un estipendio mucho menor, y ser contempladas socialmente como un potencial insurgente. Este complejo juego de disposiciones en los que se ven imbricados los Daimios intentaremos detallarlo en el capítulo dedicado a los preceptos morales japoneses, donde veremos hasta qué punto puede suponer un dilema el conflicto entre lealtades. Por una parte, la lealtad al Shogun (JARE), por otro, la lealtad a los antepasados del linaje, que se saben contrarios al primero. Esto supone un continuo motivo de tensiones entre los diferentes linajes, y de estos a su vez con la casa shogunal, la cual ocupa gran parte de sus esfuerzos en mitigar esta amenaza siempre presente. A su vez, todo vasallo del Daimio se puede ver abocado a tener que elegir entre ser leal a su señor o serlo al Shogun, situaciones en las cuales nunca decidirá conforme a una elección de intereses personales entendidos al modo occidental, sino más bien a una disposición mental en la que esos “intereses personales” son puestos siempre al servicio del grupo, siendo este la esencia de ellos mismos. El individuo no se contemplará a sí mismo como unidad separada, pero sí entenderá que sus acciones individuales pueden afectar, y de hecho lo hacen, a la consideración social que se tenga de todo su linaje. Por ello muchos de estos conflictos terminan a menudo con el “Seppuku”, una forma de suicidio ritual que eleva al sujeto a la condición de guerrero honorable y soluciona cualquier tipo de incidente desafortunado, limpiando el honor de de su familia y permitiéndole perpetuar el apellido.

En función de la división antes citada, los daimios se dividen en dos grandes grupos: Fudai Daimio y Tozama Daimio. Todo señor feudal ejerce su dominio sobre un territorio o “Han” dividido a su vez en varias provincias o “Kuni”. Es por esto que a menudo se ha llamado “Baku-han” a este sistema de gobierno, para hacer referencia a las continuas tensiones de poder entre el Bakufu (poder central) y los diferentes Han o dominios de los señores feudales, donde estos ejercen su poder de forma casi totalmente autónoma (se estiman entre doscientos cincuenta y trescientos han a lo largo de todas las islas). La producción de estos Han debe superar siempre los diez mil kokus de arroz, y la disposición de los linajes en los diferentes territorios puede depender tanto de la capacidad de producción de los mismos, como de regulaciones estratégicas para mantener el control. Los Tozama Daimios (linajes fieles a los Tokugawa) se pueden dividir a su vez en varios grupos, encabezados por las veintitrés casas Shimpan (emparentados de alguna manera con el linaje Tokugawa). Un ejemplo de Tozama perteneciente a la casa Shimpan es el linaje de los Nagoya, que manejan un Han de seiscientos veinte mil kokus, y tienen el privilegio de poder dar sucesores al Shogunato en caso de extinción de la línea Tokugawa principal.

Por otro lado se encuentran los Fudai Daimio (“señores de fuera”), pertenecientes a los linajes que lucharon en el bando opuesto en la guerra, y que se aliaron con la casa shogunal por obligación al hallarse derrotados. Siempre sometidos a un control riguroso por parte del poder central, sus asignaciones y beneficios son menores que los de los Tozama.

EL SAMURAI DE A PIE (HATAMOTO Y KENIN)

El resto de la casta samurái se organiza en linajes menores, dentro de los cuales las familias también se disponen de manera jerárquica en relación de vasallaje con los señores superiores. Se llegan a dar entre estos grupos situaciones de máxima precariedad, en las que el estipendio recibido corresponde al nivel mínimo de subsistencia. Esto, en épocas de devaluación de la moneda, unido a la prohibición de trabajar (el samurái tiene prohibido trabajar por ley, ya que su atribución es la de desarrollar tareas administrativas, burocráticas, de ordeno y mando, etc.) aboca a algunas familias a situaciones de escasez material extrema. El confucianismo en este caso, dispone el principio de frugalidad como una virtud superior del hombre, el samurái no puede hacer depender su prestigio de su riqueza y ostentación. De esta forma se perpetúan este tipo de situaciones sin encontrar resistencias notables (las insurrecciones samuráis se dan siempre por cuestiones de honor y prestigio, pero nunca en respuesta a la escasez material, que se vive como una imposición dignificadora).

Una figura a reseñar es la del samurái que, bien por la extinción del linaje al que sirve, bien por destierro o cometer un crimen, se ve liberado de su relación de vasallaje y se convierte en un guerrero sin señor al que servir (esta “liberación” es vivida como una terrible desgracia). Son los “hombres de las olas” o “Ronin”. La mayoría se dedican a ejercer de mercenarios o directamente incurren en la delincuencia, otros recorren el país en “Musha Shugyo” o “peregrinación guerrera”, buscando la iluminación a través del enfrentamiento con otros samuráis conocidos por su habilidad con la espada. La actitud popular ante estos sujetos pende en la línea entre el respeto y el miedo.

LA CULTURA SAMURAI

La pertenencia a la casta samurái es evidenciada a través de toda una serie de elementos simbólicos, tales como la manera de caminar, el tipo de vestimenta, el peinado, etc. Pero por encima de todo hay un factor clave a la hora de distinguirlos: ellos poseen el derecho a portar una espada, que es símbolo de su alma y receptáculo de todo el honor e historia del linaje. Las diferencias entre esta casta y el resto se ejemplifica en relaciones de absoluto despotismo, teniendo derecho el samurái sobre las vidas de cualquier individuo inferior (hay incluso una ley que recoge la obligación de asesinar a cualquiera que cometiera una falta de respeto).

1.2.CAMPESINOS

Los campesinos conforman el ochenta por ciento de los plebeyos en la sociedad Tokugawa. Son los únicos habitantes de las zonas rurales, ya que el resto de la población se concentra en las urbes formadas en torno a los castillos. Estas poblaciones campesinas constituyen grupos corporativos en asociación continua, formando redes de apoyo mutuo entre grupos domésticos. Se organizan en aldeas con diferentes extensiones de terreno cultivable, bajo una relación de vasallaje con su respectivo Daimio. La cantidad de impuestos a tributar depende de la disposición particular que cada señor estipule para su Han, decisión que toma de forma totalmente autónoma con respecto al poder nacional central. Estos impuestos suelen oscilar entre un cuarenta o cincuenta por ciento de la cosecha total, pero en ocasiones puede llegar incluso al ochenta. Ante estas situaciones las comunidades campesinas suelen verse obligadas a reducir el número de hijos, cometer infanticidios (se estiman de sesenta a setenta mil niños al año), o vender sus hijas a prostíbulos en las ciudades. No es raro encontrar cadáveres de campesinos muertos por inanición llevados por las corrientes de los ríos, incluso en casos de hambrunas extremas se llega a practicar el canibalismo.

El tipo de cosecha que se puede cultivar, el horario de trabajo, los alimentos que se pueden comer, la ropa que se puede vestir, las actividades que se pueden desarrollar en el tiempo libre…, todo está recogido en normativas escritas y es impuesto a los miembros del campesinado, la casta productiva por excelencia. El confucianismo otorga un lugar privilegiado al campesino por este mismo motivo, su capacidad de producir, que le convierte en la base real de la economía nacional, imprescindible para el sustento del sistema. Sin embargo la situación de estos grupos suele ser precaria, se los mantiene aislados de la cultura urbana, no pueden tener apellido ni espada, y el analfabetismo se une a una actitud de sumisión generalizada (esto no quita que en ocasiones se den revueltas en casos de precariedad extrema, pero que siempre terminan con la ejecución pública de los líderes de las mismas por haber faltado al principio de lealtad).

En estas comunidades existe un asociacionismo especial que merece ser reseñado. “*Cada pueblo contaba con grupos de cinco hombres o asociaciones de vecinos que se encargaban del pago colectivo de impuestos y de castigar cualquier acto delictivo que cometieran sus*

miembros. Estas asociaciones también hacían las veces de entidades de colaboración mutua, ayudando a sus integrantes en tiempos de carestía o enfermedad" (Hane, M, *pp.63.* 2000).

De estas redes de asociaciones surge también una clase superior campesina, integrada por sujetos que se acaban especializando en la recaudación para entregar posteriormente al señor. Por ello están en contacto más directo con los samuráis y terminan instruyéndose en la escritura y la contabilidad (esto se percibe como una amenaza, un indicio de ruptura de límites entre castas).

1.3. ARTESANOS Y COMERCIANTES

Los dos últimos estratos de la sociedad Tokugawa son los artesanos y los comerciantes. Ambos forman parte, junto con los samuráis, de la sociedad urbanita. De los artesanos se puede decir que habitan las ciudades en la colindancia de los castillos, y se dedican sobre todo a la alfarería, pero son realmente los comerciantes los que toman una importancia capital en esta época última del régimen shogunal.

Ya ha sido citado el tratamiento que de este grupo hace la moral confuciana, que lo percibe como una amenaza potencial para el equilibrio del régimen feudal. En una sociedad con economía monetaria como esta, la acumulación por parte de un sector dedicado a la actividad lucrativa representa un peligro, más aun cuando este pudiera aspirar a promocionarse, ya que ocupa la más baja consideración en cuanto a prestigio social según la moral dominante. El cambio en la consideración del estatus de comerciante es especial en los últimos años del régimen.

Las actividades crematísticas son sancionadas en gran medida como forma de control social, pero los crecientes problemas económicos del régimen terminan por encontrar en los comerciantes una válvula de escape, situación que estos aprovechan a su vez para ascender socialmente. Este cambio se evidencia primero de forma material, en cuanto a condiciones de vida, la casta comerciante vive en la opulencia aun ocupando el más bajo escalón de la pirámide social.

Aunque el shogunato comienza imponiendo severas restricciones (cobrando grandes cantidades de impuestos a los comerciantes prósperos para impedir su promoción), finalmente, cuando es la propia administración central la que entra en crisis, (así como muchas casas señoriales) son los propios samuráis los que terminan demandando préstamos y favores. Esta situación provoca un cambio progresivo en todo el aparataje ideológico, dentro del cual la consideración de los comerciantes va transformándose paulatinamente. Van recibiendo nuevos honores, adquiriendo nuevos derechos, etc.

Esta situación puede tener su origen en una práctica que será detallada en el capítulo referido a los principios de autoridad, la llamada ley del "Sankin Kotai". Consiste en una política gubernamental que implica la obligación de los Daimios de residir de forma alterna, un año en su respectivo Han, y otro en la capital de Edo. Cuando el señor regresa a su Han, su mujer e hijos permanecen como rehenes en el castillo de Edo, a fin de asegurar la lealtad del Daimio al

Shogun. Los gastos derivados de estos continuos cambios de residencia suponen una debilitación para la economía de algunas casas señoriales, provocando de este modo que algunos Daimio establezcan relaciones con comerciantes privilegiados, que les conceden préstamos a cambio de ciertos favores. Así muchos empiezan a quedar endeudados con las casas financieras y pasan a depender literalmente de los comerciantes.

En épocas de escasez y devaluación de la moneda, los samuráis de bajo rango con estipendios ínfimos también se ven obligados a trabajar para los comerciantes en la producción artesanal (siempre de forma secreta, ya que supone una transgresión tanto de los principios morales como de las leyes escritas). Así comienzan a producirse las primeras situaciones de ruptura de límites entre castas, celebrándose uniones matrimoniales entre samuráis arruinados y mujeres de familias comerciantes adineradas. Un intercambio simbólico (dinero a cambio de prestigio) del cual cada parte obtiene un beneficio.

Además de esta forma más habitual, los comerciantes pueden acceder al estrato superior a través de muchos otros procedimientos, lo cual no implica que cambie su casta (aunque sí podríamos decir que su estatus); el comerciante siempre será comerciante, pero mediante estas prácticas va desdibujando los límites que le separan de otros grupos. Otra forma común es, por ejemplo, concertar la adopción de sus hijos por parte de familias samuráis. Muchos comerciantes terminan convirtiéndose así en terratenientes que ya no sólo basan su ostentación en los bienes materiales, sino también en tasas elevadas de prestigio social.

Todo esto termina desembocando en una idealización del estilo de vida de los comerciantes. El "Chonindo", o "camino del comerciante", pasa de evocar una vida penosa y vergonzante, a convertirse en un estandarte de orgullo, relacionado con la vida en la ciudad, la satisfacción inmediata de los deseos, los prostíbulos, etc (es el llamado mundo flotante o "cultura Genroku").

1.4. LOS PROSCRITOS

Aun fuera de las cuatro castas establecidas, nos encontramos con un colectivo marginado, condenado a vivir en zonas especiales, individuos excluidos totalmente de la sociedad por no ser considerados ni siquiera seres humanos. Un precepto moral vigente en este momento es el que divide al pueblo llano en “gente buena” y “gente de base”. Este segundo grupo lo forman los proscritos, que se subdividen a su vez en Hinin “no-humano”, y Eta “extremadamente impuro” o “asqueroso” (estos últimos también conocidos como “Burakumin”). La pertenencia a estos colectivos se atribuye a la actividad profesional desarrollada, considerando que algunas prácticas rompen ciertos tabúes del budismo y por ello los sujetos que las llevan a cabo están malditos.

En primer lugar, los Hinin. Dentro de este grupo se encuentran principalmente mendigos, comediantes itinerantes, prostitutas o delincuentes. Ellos tienen más abierta la posibilidad de promoción social, pudiendo incluso llegar a ascender a la categoría de “gente buena”.

Los Burakumin son los tenidos en peor consideración. Una teoría sobre su origen argumenta que, en tiempos antiguos, personas que padecían ciertas enfermedades o anomalías pudieron ser desterradas y obligadas a ejercer determinadas profesiones que, según la religión budista, llenan de impureza el alma del ser humano. Los burakumin actuales serían por tanto descendientes de esos primeros marginados, heredando la profesión y desarrollándola de forma vitalicia, trasladándola a su vez a sus hijos y perpetuando así su condición intergeneracionalmente. Las profesiones referidas son tales como carnicero, matarife, curtidor o sepulturero, pero también otras como fabricante de objetos de bambú, de mecha para las velas, de cestas o sandalias de cáñamo, etc., que no implican el trato con los animales.

La obligación de residir en aldeas específicas se suma a una restricción horaria, de vestimenta, alimentación, etc. Todo recogido en leyes y articulado a fin de que ningún ser humano hbuiera de hallarse en la indeseable situación de encontrarse con un Burakumin. Según las concepciones populares, estos tienen los genitales más grandes, la sangre y los huesos compuestos de diferente materia, corren más porque tienen patas de conejo, etc. Aquí vemos como se construye una identidad étnica; aun no habiendo en este caso diferencias fenotípicas observables a simple vista, los miembros del Buraku forman un “ellos”, frente al “nosotros” del resto del pueblo japonés.

2. AUTORIDAD Y CONTROL SOCIAL

El Japón Tokugawa se caracteriza por ser una sociedad fuertemente jerarquizada, sometida a un severo control social por parte de las autoridades gobernantes, pero también de la costumbre y la moral dominante. El autoritarismo es un valor preponderante que se hace visible en el análisis de cualquier institución, empezando por la familia patriarcal (la unidad mínima considerada) y terminando por el Bakufu o los mediadores con lo trascendente (las autoridades religiosas Shinto, budistas o eruditos confucianos). Es justamente el confucianismo el que emite y regula un gran número de sanciones relativas a modos de vida, comportamientos, incluso pensamientos permitidos y no permitidos, creando una suerte de "realidad nacional" idealizada, dentro de la cual cada grupo cumple una función determinada en una relación de obligaciones perfectamente sistematizada. Nos ocuparemos de la costumbre y moral confucianas como elementos reguladores del orden social más adelante, en este capítulo intentaremos detallar aspectos relativos a las diversas instituciones que ocupan puestos de autoridad y se encargan de controlar la vida social.

Se ha hablado a menudo del Japón Tokugawa como una sociedad feudal. Lo cierto es que sí que se puede observar ese intento de organizar y controlar un territorio amplio (la nación completa) conforme a prácticas propias de sociedades mucho más pequeñas (como el patriarcado de la etapa tribal), además de una importante delegación de autoridad por parte del poder central a cada señor regional. Con todo ello, y a pesar de poderse contemplar conforme al tipo ideal del feudalismo, el Japón Edo adquiere su propia configuración política que será detallada más adelante.

Dentro del mapa político japonés, la figura de autoridad máxima (el equivalente aproximado al rey en el feudalismo europeo) es el Shogun. Su autoridad sobre el emperador y su corte, sobre los Daimios y las órdenes religiosas está recogida en diversas reglamentaciones que le legitiman como la autoridad máxima indiscutible del Bakufu, apoyado en un poder militar que le erige como caudillo dictador irrevocable. La sede del gobierno central se localiza en el castillo de la capital "Edo", donde residen el Shogun y su más cercano séquito de consejeros; los Daimios con sus familias de forma alternada (política de Sankin Kotai) y un gran número de vasallos sirvientes.

Toda política gubernamental se caracteriza por obedecer a una serie de principios generales que rigen la actuación de las autoridades competentes, a saber:

- Mantener el aislamiento de Japón a nivel político y cultural. Ningún japonés puede salir ni ningún extranjero entrar (salvo excepciones de contados comerciantes holandeses que residen en Kyoto). Prohibición del cristianismo y entrada de cualquier libro extranjero que no haya sido estrictamente filtrado por un cuerpo de eruditos confucianos especializados, así como de comerciar con el exterior, etc.

- Mantener la paz. El Bakufu dedica grandes esfuerzos a mantener controlada la posibilidad de insurrección de cualquier colectivo, sobre todo de los señores feudales (y más especialmente de los Tozama Daimio, de linajes infieles por tradición). Esto lo lleva a cabo mediante políticas como la ya mencionada ley Sankin Kotai o con el

reparto estratégico de los feudos (Han), colocando a los Tozama rodeados por feudos Fudai (partidarios del Shogun). A la imposibilidad de contactar entre ellos se suma el hecho de la retención de sus familias en el castillo de Edo, viéndose así reducido el potencial revolucionario de estos Daimio.

Otras políticas recurrentes son las prohibiciones de establecer matrimonios entre familias de Tozama (para evitar alianzas), prohibición de aumentar los arsenales, de comerciar entre ellos, etc. Cuando un Daimio comienza a prosperar es habitual que el Bakufu le imponga un severo impuesto "Kokuyaku" a fin de debilitar su economía. Sin embargo, en cuanto al ejercicio de autoridad el Daimio gobierna sin restricciones sobre la población de su feudo.

- Preservar intacta la organización de la sociedad. Inalterabilidad del sistema de castas, emisión de una enorme cantidad de regulaciones destinadas a la ordenación sistemática de los preceptos morales dominantes en leyes escritas. Mediante estas se pretende establecer un sistema normativo altamente racionalista, legitimar la jerarquía apoyándola en principios sacralizados y resguardar el país de desequilibrios que pudieran amenazar la homeostasis.

Los encargados de la cuestión legislativa del Bakufu se erigen como un cuerpo de profesionales del derecho. "*La legislación Tokugawa se basaba en la premisa de un orden natural, suponiendo que la sociedad formaba por naturaleza una jerarquía de clases, las leyes estaban dirigidas a unas divisiones sociales básicas en un esfuerzo por gobernar según grupos de status*" (Whitney Hall, J. 1973). Todas estas regulaciones se hallan recogidas en un documento publicado por vez primera en los principios del régimen, el "Buke shohatto", o código público de regulaciones de 1615.

Las decisiones tomadas en las altas esferas también se corresponden con un complejo sistema de jerarquías regulado conforme a linajes y lealtades. A la cabeza del estado se encuentra el Shogun seguido del Gran Consejo, compuesto de cinco ancianos consejeros llamados "Roju", elegidos entre los linajes leales más cercanos a los Tokugawa. Este consejo de los Roju es quien directamente juzga y manda sobre los Daimios, pero no se ocupa de un sector determinado. En ocasiones puede verse subordinado a la autoridad del "Tairo" (Gran Anciano), que es elegido en casos excepcionales y ejerce como dictador de decisiones no revocables, ni siquiera por el Shogun. Es un órgano multifuncional secundado por colaboradores especializados, los llamados "Bugyo" (ministros, comisarios, gobernadores…) o los "Metsuke" (comisarios encargados de los informes generales). Por ejemplo existe un ministro responsable del tesoro del Bakufu, el "Kanjo Bugyo", que controla la acuñación de la moneda, el registro de ingresos y gastos de la corte shogunal, etc. Por otra parte, el ministro de los cultos se encarga de la administración de los templos o de las políticas de represión contra el cristianismo. Hay también ministros responsables de la policía, de las relaciones oficiales entre el Bakufu y la corte imperial, etc. Seguido del consejo de los Roju se halla el "Wakadoshiyori", o "Segundo consejo de jóvenes ancianos", que se encarga de la guardia y asuntos internos de la casa shogunal.

Los “Daikan” son oficiales encargados de administrar las tierras del Bakufu (que generan un tercio de la producción total del país), además de las minas de oro y plata. Estos oficiales pueden ejercer a la vez de perceptores de tributos, comandantes militares, jefes de policía y jueces. Por encima de ellos están los “Gundai”, que tienen a su cargo varias circunscripciones de Daikan [1].

Como podemos ver, hay un reparto de competencias que exime al Shogun de tener que tomar parte efectiva en la vida política, encargado sólo de sancionar las decisiones de los órganos y gobernando de una forma totalmente impersonal. El carácter hereditario del título shogunal es a menudo motivo de situaciones en las cuales gobierna un Shogun de muy corta edad, que deja los asuntos de gobierno en manos de estos órganos competentes, encarnados en representantes que le acompañan durante toda su andadura y son los que realmente toman las decisiones.

Los daimios a su vez, administran sus dominios por medio de grupos de adeptos “Kashindan”, organizados por rangos: Ancianos “Karo” de rango alto, adeptos de rango medio, y de rango inferior (soldados de a pie “Ashigaru” y Criados “Kosho”). De los ancianos Karo se forma el departamento de administración que controla las aldeas “Mura”, y los barrios “Machi”. La población urbana y rural vive a su vez en unidades de autogobierno bajo la autoridad menor de sus propios jefes.

Es interesante observar el aspecto simbólico del que se reviste todo este complejo sistema de competencias. La consideración popular de la vida de las personalidades más cercanas al Shogun se debate entre la curiosidad, el respeto, el miedo… Los rituales de nombramiento, por ejemplo, se embullen en un halo de solemnidad que se percibe como misterioso y lejano desde los bajos del castillo. En la percepción del plebeyo, la jerarquía toma así una forma casi corpórea. Se le presenta como un aspecto propio de la naturaleza de las cosas, que, como señalara M. Godelier, coexiste entre el mundo de las ideas y la realidad tangible a través de los efectos que en esta produce. Así la autoridad se ejerce como actividad destinada a la salvaguardia de un sistema legitimado, naturalizado e interiorizado mediante la ideología y la cotidianeidad misma en toda la población.

[1] En el Bakufu no opera la escisión economía/política como esferas separadas del occidente actual. Vemos que, aunque exista la actividad lucrativa como tal en el seno de la casta comerciante, esta se halla siempre sujeta a la intervención de la autoridad política, que entiende el asunto económico como otra de sus competencias propias.

3. VALORES

3.1. Sistemas doctrinales oficiales (confucianismo, budismo, sintoísmo)

Muchos de los valores dominantes en el Japón Tokugawa se hacen evidentes en algunas de las normas anteriormente citadas, pero es necesario también analizar su presencia en el día a día, cómo toman cuerpo en el quehacer cotidiano del pueblo japonés, y de qué forma existen en las representaciones colectivas.

Es esencial el papel del confucianismo (que coexiste como sistema de valores junto a las religiones budista y sintoísta). Es este el que dicta los principios morales relacionados con la existencia diaria, induciendo un esquema de pensamiento racionalista y sistemático, que constituye una aproximación a la realidad más humanista y práctica. El Shinto a su vez despliega una pluralidad de mitos y representaciones mágicas, siendo la religión más antigua del pueblo japonés (existía ya en la época Yamato). Y el budismo, por su parte, actúa sobre el mundo de la vida interior, el devenir del alma, el carácter más espiritual y ultraterreno de las cosas. Lo cierto es que, si lo observamos desde un punto de vista funcional, cada uno de estos sistemas doctrinales viene a cumplir un determinado cometido en el mantenimiento del orden social. Teniendo en cuenta algunos de los contenidos teológicos del sintoísmo y budismo, podría parecer extraño que ambas religiones puedan convivir en el seno de un mismo esquema de pensamiento, ya que erigen construcciones relativas al por qué de la existencia del hombre, su devenir, su papel en el mundo, etc., que a menudo pueden parecer contradictorias. La respuesta se nos puede presentar de la siguiente manera: Siendo el Shinto la religión más antigua conocida en el Japón, la que legitima al emperador situando su origen en la divinidad, esta prevalece como forma de conservar la identidad cultural, y pasa a convivir con nuevos sistemas que son importados desde China y establecidos como oficiales por unos gobernantes que encuentran en estos modos apropiados de legitimar un orden social ya existente. De este modo se sacralizan los principios que sustentan la existencia de las instituciones, haciéndolas depender de lo trascendente, de aquello que no se halla presto a debate ni teorización, ya que conforma por sí mismo el punto de partida presupuesto de toda argumentación. Cuando alguno de los postulados de estos sistemas morales entra en conflicto, sencillamente se busca una explicación que los haga entrar en consonancia (para ello hay un cuerpo de eruditos especialistas dedicados a tal labor). Tal es el caso del sistema de castas: Cuando la división confuciana de la sociedad en estratos (eruditos, campesinos, artesanos, comerciantes) llega a Japón, se encuentra con la tesitura de que la élite social está integrada por una clase guerrera dominante (al tratarse de un país con fuerte idealización de la figura del guerrero y una poderosa tradición de caudillaje militar). Ante tal circunstancia, se cambia el rótulo "erudito" por el de "samurái", convirtiéndose así en una clasificación perfectamente operativa para el caso japonés.

John Whitney Hall establece un esquema de competencias dentro del cual estos tres sistemas de pensamiento se articulan entre sí para dar respuesta a una serie de funciones, quedando dispuestos de la siguiente manera:

- Budismo + shinto = satisfacción de las necesidades religiosas primordiales.
- Shinto + confucianismo = formación de ideas sobre el orden político y social.
- Confucianismo + budismo = instrucción respecto a valores de comportamiento social.

Vemos así como es desde las clases dirigentes que estos nuevos sistemas son impuestos a la colectividad tras estimarse su funcionalidad legitimadora. En otros casos, en los que fructifican

nuevas ideologías en las castas inferiores, estas son tenidas como peligros potenciales para el orden y por ello severamente perseguidas y castigadas (tal es el caso de la difusión del cristianismo o algunas lecturas alternativas del confucianismo que dan lugar a movimientos sectarios revisionistas).

A pesar de ser doctrinas independientes, el confucianismo formaba parte en un principio del budismo, hasta que un monje de Kyoto llamado Fujiwara Seika abandonara la orden budista y comenzara a enseñarlo como un sistema filosófico separado y no religioso. Por ello, el confucianismo encuentra en el Japón Tokugawa (no es aceptado como filosofía laica dominante hasta el Siglo XVII) un apoyo de carácter espiritual a sus planteamientos en el budismo, el cual viene a confirmar sus postulados. En las clases cultas el budismo cede terreno a la filosofía confuciana, que se establece como un saber elitista cuyo estudio queda restringido a especialistas eruditos. Sin embargo, las autoridades potencian la práctica del budismo mediante reglamentaciones (como la obligación que se impone a las familias de registrarse en un templo a fin de comprobar que no se es cristiano, lo cual a su vez refuerza el budismo). La competencia del budismo queda así restringida a la celebración de ritos (matrimonios, entierros, servicios conmemorativos…) y la elaboración teórica de principios influyentes en la vida social se circunscribe a la doctrina confuciana, quedando así perfectamente integrados.

No es cuestión de hacer aquí una incursión en los contenidos y postulados de estas doctrinas vigentes, ya que supondría una desviación de la intención inicial de este trabajo, pero sí que puede ser interesante sacar a colación algunos de los preceptos que con más fuerza influyen en la conformación de la organización concreta de la sociedad japonesa. A este respecto, es el confucianismo el que establece los principales postulados referentes a comportamientos ideales, mantenimiento del orden y organización político-social. Es del ya citado principio de Taigi Meibun (principio de magna justicia/lugar adecuado) del que se deriva cualquier desarrollo teórico posterior. Este precepto establece que toda manifestación viva responde a un orden natural previamente establecido, que es justo y perfectamente adecuado en su expresión. El resto del desarrollo filosófico confuciano se retroalimenta de este principio, encontrando en sí mismo un modo de autoconfirmación, ya que, cualquier planteamiento posterior se acoge a este principio legitimador.

Los desarrollos teóricos del confucianismo (o de la lectura japonesa del mismo) llegan a ser tan específicos y explícitos que establecen modos de vida concretos para cada colectivo dentro de la sociedad. Se establecen los llamados “caminos” para cada casta, añadiendo la terminación “do” (en japonés “camino”) al nombre de cada Mibunsei o grupo social. El “Bushido”, camino del samurái, establece actuaciones ideales, principios de lealtad y honor, forma de caminar, de vestir, de moverse… Queda perfectamente explicitado lo que debe ser un samurái y cómo debe pensar, sentir y actuar en su vida cotidiana. De igual manera con el resto de individuos, el “Chonindo” establece la vida ideal para un comerciante, y de igual manera el camino del monje, el del campesino, el del mendigo, etc. Estos caminos quedan recogidos por ley, y la transgresión de los principios establecidos en los mismos no supone sólo una sanción a nivel social, sino también a nivel legal, pudiendo uno perder su honor y verse relegado a la condición de criminal (muchos samuráis se convierten en Ronin o mercenarios al perder su posición tras morir su señor, extinguirse el linaje al que sirven o incurrir en alguna violación de la lealtad).

3.2. La costumbre

Estas doctrinas vigentes operantes en la conformación de una cosmovisión japonesa particular, se complementan con una visión del mundo tradicionalmente basada en una especie de circuito de reciprocidad donde la percepción del otro toma un papel predominante. Los principios de lealtad, honor o respeto, se articulan en un complejo sistema de conceptos que poco tienen que ver con lo que entenderíamos por ellos en occidente (de hecho hay palabras diversas que se traducen al español como “honor” a falta de términos que reflejen la realidad que estas vienen a representar). Tomando la licencia de la llamada por S.Narotzky “renta del afecto”, podríamos hablar de una especie de “renta del honor”, donde cada cual se halla en obligación de responder con su actuación a las deudas contraídas (adquiridas o adscritas), con el resto de sus congéneres. Del carácter de esta respuesta dependerá no sólo la consideración que se tenga socialmente del individuo, sino toda su familia, e incluso su linaje, pudiendo caer en desgracia tras toda una historia de gloria por la acción desafortunada de un solo sujeto.

Estas conductas deseables están perfectamente estipuladas en la mentalidad del japonés, tienen una correspondencia exacta según a qué situación deban dar respuesta, a modo de precio estipulado con el que pagar determinadas prestaciones (por usar un símil aclaratorio a los ojos de la sociedad comercial de occidente). Se vuelven especialmente severas en el caso de la casta samurái, donde la preservación del estatus depende de un cumplimiento severo de estas normas, autoimponiendose el sujeto una vigilancia constante que le hace sentir el peso de las mismas como una carga casi real y física sobre sus hombros. Para el samurái, no puede haber mayor gloria que vivir conforme a estos principios, que le confirman como tal, como individuo perteneciente a una clase superior y depositario en su persona de toda una historia de honores encarnados en su linaje. Para el comerciante, por ejemplo, estas normas también existen, pero su percepción de las mismas es diferente. En su vida cotidiana hace su propia interpretación de las mismas, respaldado por el Chonindo o “camino del comerciante”, que es mucho más permisivo con él y le relega al disfrute presentista de los placeres de la vida. Es por ello que puede dedicarse a la satisfacción hedonista de sus propios deseos sin preocuparse de estos preceptos al extremo que lo hace el samurái (interpretado en términos de la cosmovisión japonesa, ha de entenderse que esto relega al comerciante a una categoría inferior de ser humano, ya que del cumplimiento de esos principios se deriva el juicio que a nivel social se hará de la persona en cuestión). Durante la época de auge de los comerciantes, sin embargo, se produce un cambio paulatino que va generando una cierta fascinación por todo ese mundo de la ciudad, las geishas, los espectáculos callejeros, etc. Es el llamado “Genroku”, una cultura popular que supone un indicio importante de cambio social (estos nuevos valores emergentes o ideologías insurgentes serán tratados en el capítulo dedicado al cambio social).

Sin embargo, ni en las esferas peor consideradas de la sociedad se está totalmente libre de estos valores. El peso de su carga afectiva es tal que en determinadas situaciones abocan a los sujetos a tomar la determinación de autoexcluirse, incluso los criminales “Yakuza” responden a un complejo entramado de lealtades internas fuera del cual existe el castigo con pena de muerte. Las autoridades también imponen pena de muerte por diversos medios ante la violación de algunos de estos principios, que dependen principalmente del tipo de transgresión y de la condición social del sujeto. Así, existe el llamado “Seppuku”, un tipo de suicidio ritual por el cual al samurái se le permite limpiar sus faltas y conciliarse con sus antepasados, salvaguardando el honor del linaje. En el caso de tratarse de personalidades importantes, este ritual (que consiste en abrirse el vientre con una espada corta sentado de rodillas) se acompaña de una decapitación por parte de un maestro a fin de acortar la agonía.

Ruth benedict establecería una distinción entre culturas de la culpa (occidente) y de la vergüenza (japonesa). Queriendo referenciar con ello la carga emotiva que conllevan estos valores para el japonés. En el caso occidental, la confesión supone una herramienta efectiva para la expiación de la culpa. En el japonés no es así, la vergüenza es sentida en el foro interno del individuo y sólo puede librarse de ella en tanto que lleve a cabo alguna acción valorada por el resto de la sociedad como adecuada para saldar esa cuenta. Para ilustrar el complejo circuito de principios relacionados con estas obligaciones y lealtades, usaremos el cuadro empleado por la misma Benedict, que lo representa de una forma esquemática:

"CUADRO ESQUEMÁTICO DE LAS OBLIGACIONES JAPONESAS Y SUS RECÍPROCOS

1. ***ON.*** *Obligaciones contraídas pasivamente. Uno recibe un on; uno lleva un on; on son las obligaciones desde el punto de vista del receptor pasivo.*
   Ko-on *– On recibido del emperador.*
   Oya on *– On recibido de los padres*
   Nushi *– On recibido del amo de uno.*
   Shi no on *– On recibido del profesor de uno.*
   On recibido en todas las relaciones entabladas en el curso de la vida de cada cual.
   ***todas estas personas de quienes uno recibe un on, se convierten en on jin (hombre on) de uno mismo.*

2. ***Recíprocos del on.*** *Uno paga estas deudas, devuelve estas obligaciones, al hombre on; es decir, estas obligaciones son consideradas desde el punto de vista de la devolución activa.*
   A. ***Gimu.*** *La devolución de estas obligaciones todavía no es más que parcial y no hay límite de tiempo.*
      Chu - deber hacia el emperador, la ley, el Japón.
      Ko - deber hacia los padres y los antepasados (por implicación, hacia los descendientes)
      Nimmu - deber hacia el trabajo propio.
   B. ***Giri.*** *Se considera que estas deudas deben ser pagadas con equivalencia matemática al favor recibido y tienen un límite de tiempo.*
      Giri hacia el mundo.
      Deberes hacia el señor feudal.
      Deberes hacia la familia del cónyuge.
      Deberes hacia personas con las que no hay lazos de parentesco como consecuencia del on contraído, por ejemplo tras recibir un regalo en dinero, un favor, una ayuda en el trabajo…
      Deberes hacia personas con las que existe una relación de parentesco, por el on recibido, no directamente de ellas, sino de antepasados comunes.
      Giri hacia el nombre de uno.
      El deber de limpiar la reputación personal de un insulto o una imputación de fracaso, es decir, el deber de atenerse a una enemistad o una vendetta heredada por vinculaciones familiares (a este tipo de venganza no se la considera una agresión).
      El deber hacia uno mismo, que obliga a no admitir el fracaso (profesional) o la ignorancia.
      El deber de cumplir los cánones sociales japoneses, por ejemplo observar el comportamiento respetuoso requerido, no vivir por encima del nivel que le corresponde a cada cual, reprimir toda demostración emotiva en ocasiones inapropiadas, etc." [1]

---

1 Benedict, Ruth. *"El crisantemo y la espada".* Madrid. Alianza, 2008. *pp.118*.

4. INDIVIDUO / COMUNIDAD (parentesco e identidad nacional)

4.1.La familia

La idea del individuo como unidad independiente predominante en el occidente contemporáneo sencillamente se derrumbaría ante una fuerte noción de colectivismo en el Japón Tokugawa. De hecho, la unidad mínima contemplada bajo la legislación del régimen es la familia “Ie”. El individuo no existe como tal a efectos legales, tan sólo en cuanto que miembro de la unidad familiar (como hijo heredero, como cabeza de familia, como segundo hijo, como esposa, etc.). Estas leyes no vienen sino a confirmar una percepción social compartida por toda la comunidad desde los primeros tiempos conocidos de la historia japonesa.

La institución familiar en el Japón Tokugawa se organiza conforme a reglas patriarcales. El cabeza de familia tiene capacidad de decisión sobre la vida del resto de integrantes de su grupo familiar, siendo el máximo responsable de la perpetuidad del apellido (en el caso de la casta samurái). La regla de filiación dominante es la hipogamia (la mujer es instruida desde temprana edad a fin de ser una buena esposa que haga honor a la familia) y hay una multiplicidad de patrones de residencia según la situación social de la familia: predomina la patrilocalidad, pero en caso de los hijos menores no herederos o de familias samuráis de bajo rango se da el tipo neolocal. Cuando hay excepciones de hipergamia es el marido el que toma el apellido de la mujer y pasa a residir en la casa familiar de la misma (dentro de las familias Kuge o linajes emparentados con el Shogun).

Cada familia es considerada socialmente conforme a dos criterios: primero como ocupante de un grupo según estatus (castas samurái, campesina, artesana, comerciante, burakumin…), en segundo lugar, como depositaria de un puesto en la jerarquía interna de cada casta. De esta forma uno puede pertenecer a una familia samurái, de tipo Kenin, de rango alto (los distintos subgrupos se disponen jerárquicamente dentro de la casta, siendo así que por muy alto que sea el rango ostentado dentro del subgrupo Kenin, nunca se llegará a ser Hatamoto, y este último nunca llegará a ser Daimio). La familia, a su vez, debe esta asignación a su linaje, dentro de cuyo esquema jerárquico interno ocupará también una posición determinada. Estas disposiciones convierten al individuo en depositario de toda la consideración simbólica de que es portadora su familia y su linaje. El japonés entiende que de sus acciones será consecuencia directa la degradación o promoción (dentro de lo estipulado como posible) de todo su grupo. No es extraño, por tanto, que dentro de las familias se castigue con la muerte a ciertos sujetos no integrados en sociedad o potencialmente peligrosos, a fin de preservar el honor del linaje. Además según la legislación anteriormente citada, siendo la familia la unidad legal mínima contemplada, el castigo impuesto a un ciudadano por un delito puede ser cumplido por cualquier familiar que se preste a ello [1]. De este modo un padre puede cumplir la pena de un hijo, o una esposa la de su marido.

Con todo ello, no es imposible encontrar casos de sujetos aislados o excluidos de sus grupos de referencia. Tal es el caso de los ya citados Ronin, que en muchas ocasiones, al verse

[1] Se entiende por tanto que no se castiga al sujeto, sino a la familia. Se consigue de este modo dotar la sanción de un carácter multilateral. El individuo será castigado dentro de su grupo familiar, el cual será a su vez castigado dentro del linaje. A nivel social, la sanción tiene como destinatarias las tres unidades. Vemos así que el individuo está lejos de ser una unidad independiente, por el contrario, de su conducta depende toda una comunidad de allegados a los que debe lealtad.

desposeídos de sus puestos como vasallos, prefieren dar la espalda a su linaje (a fin de no perjudicarlo con su desgracia) y vivir una vida de austeridad, mendicidad, marginación, crimen… Aun así vemos como es en última instancia el compromiso con el grupo de parentesco el que les insta a tomar esta determinación, y a favor del cual sacrifican su propia vida (en ocasiones literalmente con el Seppuku).

Las actuaciones en sociedad, sobre todo del cabeza de familia samurái, siempre deben encontrarse en consonancia con la posición de su linaje, con las expectativas que de él se tienen en función a su pertenencia al mismo. Es común encontrar individuos ejerciendo funciones idénticas a las que ejercieron sus parientes ascendentes en varias generaciones dentro del esquema de lealtades y vasallaje de un superior. Así, por ejemplo, dentro del grupo de adeptos de un determinado samurái de rango alto "Kashindan" (formados por unidades menores "Kumi", cada una con su determinado jefe "Kumigashira") es normal encontrar que un Kumi reproduzca el mismo esquema interno de integrantes que tenía hace doscientos años (siendo hoy los descendientes de aquellos originales los que ocupan el idéntico cargo). Nuevamente vemos como no es el individuo quien es contemplado individualmente, sino como portador del apellido de la familia, como representante del grupo de parentesco.

En el caso de los artesanos y comerciantes, aun hallándose también presente una fuerte idea de pertenencia al grupo familiar, el estilo de vida urbanita Genroku y la permisibilidad del confucianismo con respecto al Chonindo, supone en cierto modo una liberación de las presiones que conlleva la pertenencia al linaje para el Samurái. Entre los comerciantes no existe el mayorazgo samurái, pudiendo un hijo menor hacerse cargo de los negocios familiares, o repartiéndose de igual manera las propiedades entre hijos e hijas.

Los campesinos, por su parte, también viven conforme a una idea fuerte de comunidad. Se organizan en aldeas "Mura", distribuidas en grupos de diez familias mutuamente responsables "Gonimgumi". Cada uno de estos grupos de familias se somete a la autoridad de un jefe, y este a su vez a la del jefe de la aldea "Shoya". En el caso de los campesinos la procedencia y el linaje son conceptos que pierden su peso en favor de una idea de comunidad relacionada íntimamente con la residencia. La identidad del campesino se resume en tanto que miembro de una aldea, no portan apellido ni suelen conocer su ascendencia. Tienen un estilo de vida basado mucho más en una lógica presentista, de organización para la producción, y sus relaciones con la comunidad se establecen en base a ello. La aldea es por tanto una unidad productiva, y sus grupos domésticos integrantes se compenetran en una red de competencias relacionadas con el trabajo agrario en base a una fuerte noción de responsabilidad intragrupal.

4.2. La identidad nacional

La noción de grupo en el caso japonés también se circunscribe al total de la nación, entendida como grupo diferenciado, como realidad dotada en sí misma de existencia e identidad. Ya desde principios del Estado Yamato la unificación de todos los Ujis bajo un único mando supuso el surgimiento progresivo de una conciencia de unidad grupal, pero en el periodo Tokugawa esta idea se potencia de forma especial. El reforzamiento de la identidad nacional supone para la clase gobernante un pilar fundamental en su política. Por una parte se relaciona con la idea de cerramiento autárquico, de conservar la cultura japonesa contra todo ataque externo (de hecho, "Shogun" es la abreviatura de "Seiitasishogun", que significa "Gran jefe del ejército para la lucha contra los bárbaros". El Shogun es un guerrero que protege al Japón de la amenaza de lo exterior y extraño). Por otra parte esta conciencia nacional sirve al Bakufu para socavar las ideas de insurrección, en lo alto de toda la pirámide de lealtades está el Shogun, el Emperador, el Japón. Se utiliza como herramienta ideológica contra la amenaza interna siempre presente de los Tozama Daimio. Posiblemente este sea uno de los motivos por los que los Tokugawa conservan en su régimen militarista la figura del Emperador o la religión sintoísta, a los cuales asignan un valor simbólico decisivo en esa conformación de la idea de un "nosotros – ellos", hallándose desprovistos de cualquier influencia ni capacidad de decisión en el terreno político.

5. **SISTEMA SEXO/GÉNERO**

Como ya hemos referido, en esta sociedad rige un principio de autoridad patriarcal bastante severo. Recogido en las leyes, el sistema familiar patriarcal otorga al cabeza de familia la autoridad máxima, concertando los matrimonios de los hijos, o pudiendo mantener relaciones promiscuas sin dejar de tener derecho a matar a su mujer ante cualquier signo de infidelidad. No es extraño, de hecho, que las mujeres samuráis se suiciden al ver amenazada su castidad, o que sean asesinadas por sus maridos acusadas de ser "perezosas" o "malas". Este ideal tienen una presencia especialmente notable en la casta samurái y entre los campesinos, sin embargo en las ciudades, dentro del estilo de vida urbanita ligado a la casta comerciante en auge, esta rigidez se diluye en cierta medida. En la urbe, en ese "mundo flotante", la mujer toma un papel diferente, incluso la construcción de la identidad de género toma una configuración en cierto modo distinta. De esto hablaremos más adelante.

Esta tradición patriarcal se une a la idealización de la figura del guerrero, instruido en las artes del combate y presto a morir por la conservación del honor del linaje. De esto se deriva una fascinación por los atributos masculinos. Sin embargo, como veremos a continuación, la construcción de la masculinidad en el Japón Tokugawa difiere de la del occidente moderno en gran medida.

Entre la casta samurái, esta idealización de la masculinidad se materializa en la creación de toda una filosofía de vida relacionada con prácticas homosexuales desde los primeros años de la pubertad. Este tipo de prácticas se dan en el seno de la unión entre un experimentado guerrero adulto y un joven aprendiz (al estilo de la Grecia Clásica, amantes maestro-discípulo), y se encuentra extendida a todo miembro de la casta. Ya en el siglo diecisiete, el poeta Ihara Saikaku (1642-1693) escribía: *"Un adolescente sin un amante adulto es como una mujer sin marido."* Es por tanto una práctica totalmente extendida y naturalizada, siendo aisladas excepciones las de los individuos que no participan de ella. En japonés tiene diversos nombres, "bido" (la hermosa senda), "wakashudo" (el camino de la juventud), entendido como un camino de admiración de la belleza, beneficioso para la juventud y las virtudes más sutiles del hombre.

También en las ciudades se pueden encontrar manifestaciones homosexuales, siempre entre hombres (véase que el desempeño sexual de la mujer se halla restringido al servicio del hombre, ya sea mediante la procreación o los prostíbulos). Dentro del "mundo flotante", existe el conocido teatro "Kabuki", representaciones escénicas en las cuales sólo pueden participar hombres, que a menudo se travisten para interpretar personajes femeninos, pasando a llamarse así "Onnagata" (figura de mujer). Es habitual que estos Onnagata ejerzan la prostitución fuera del teatro y reproduzcan el rol de mujer también durante el acto sexual con otros hombres. Además existen los llamados "Kagemajaya", burdeles en los que se ofertan servicios de jóvenes varones llamados "Kagema". Como vemos, aunque se trate de una forma de construcción de la identidad masculina diferente a la del occidente moderno, esta no viene sino a confirmar la supremacía del hombre con respecto a la mujer, teniendo esta totalmente prohibida cualquier tipo de relación extramarital (bajo pena de muerte).

Si hablamos de la sexualidad femenina, como ya hemos dicho esta se halla restringida al matrimonio, pero dentro de las ciudades suelen existir numerosos prostíbulos con gran afluencia de clientes. Son en su gran mayoría hijas de campesinos precarios las que ejercen de prostitutas en las ciudades, entregadas a los comerciantes desde edades tempranas por sus padres a cambio de alguna retribución económica. En el caso de estas, la identidad de género

no se construye conforme a pautas tan marcadas y rígidas como en las mujeres de rango alto, instruidas desde la infancia para ser buenas esposas y madres. Las prostitutas son elementos centrales en ese "mundo flotante" urbanita, en la cultura Genroku de la noche y el placer. Por la difusión de ciertos estereotipos en occidente se las ha confundido a menudo con otra figura típica del Japón tradicional, la "Geisha".

Analizar la figura de la geisha puede ser una forma adecuada de acercarse a comprender lo que para el japonés del periodo Tokugawa significa la feminidad en su expresión más sublime, siendo esta una escenificación viva de los atributos que se supone debe tener la "mujer ideal". Habiendo pertenecido tradicionalmente al mundo de la aristocracia, en esta época la relación con las geishas es mucho más asequible para cualquier ciudadano, ya que estas forman parte también del mundo urbanita (geishas de ciudad "Machi" o geishas de barrio "Kuruwa"). Son acompañantes profesionales, instruidas en un aprendizaje consistente en varias artes de entretenimiento (danza, baile, narración…). También existen tradicionalmente geishas hombres "Hokan" o "Taikomochi", pero en esta época la proliferación de las "Onna geisha" (geisha mujer) reduce las primeras a casos excepcionales. En cualquier caso, es aquí donde conviene introducir una reflexión sobre esta configuración de género: no importa si la geisha es un hombre o una mujer, en ambos casos es una geisha, construyéndose el género así al margen del sexo del individuo.

Dentro de una sociedad en la que no existen actos sociales mixtos (ni bailes, ni danzas, ni banquetes…), los matrimonios arreglados dominan los noviazgos y la vida familiar se halla institucionalizada por el sistema de castas, el mundo urbanita de prostitutas y geishas supone una liberación para la sexualidad de los hombres. En la literatura de la época suelen aparecer estas mujeres como figura central de la tentación, que encarna el conflicto entre deberes "Giri" y pasiones "Ninjo". A menudo estas obras terminan con el doble suicidio de los amantes.

6. EDAD

La edad como principio de estructuración social es un elemento que puede tener múltiples aplicaciones dependiendo de la casta en que sea analizado. Entre los samuráis existen ritos de paso que sirven para delimitar las asignaciones y expectativas que del sujeto en cuestión se tienen. Entre los campesinos, en cambio, se da primacía a la capacidad productiva del individuo en tanto que miembro de la comunidad. Por ello los campesinos se incorporan al trabajo desde las edades más tempranas, volviéndose de esta forma mucho más difusos esos límites que organizarían el colectivo en grupos de edad como en la casta samurái. Esto no significa que los campesinos no tengan grupos de edad. La figura del anciano, por ejemplo, es un elemento central en estas comunidades cooperativas, al igual que entre la élite samurái (nuevamente es en las ciudades donde este patrón compartido difiere).

Entre los samuráis se puede hablar de tres categorías de edad; niño, adulto y anciano. Estos grupos se estructuran conforme a obligaciones diferenciadas, que también varían en función de si se es hombre o mujer. La visión social del periodo de niñez es la de una etapa de aprendizaje para la vida adulta[1], la niña aprenderá a ser una buena esposa y el niño un buen samurái (lo cual implica la instrucción en las artes de combate, como vestigio de épocas pasadas). En estos principios de socialización el niño va interiorizando el valor de la colectividad, de la membrecía al linaje y a la casta samurái. La pertenencia a este grupo de edad se exterioriza a través de una serie de atributos simbólicos, tales como el peinado o la vestimenta. En el caso de los niños, unos mechones delanteros a modo de flequillo resaltan en una cabeza rapada (salvo por la coleta trasera). Este flequillo se corta en el rito de paso, simbolizando la ascensión a la adultez, y quedando así el peinado típico de hombre adulto japonés (zona superior de la cabeza afeitada y moño en la zona inferior trasera).
Del adulto samurái se espera que contraiga matrimonio y contribuya a la perpetuación del linaje por medio de la procreación, siendo contadas las excepciones en las que el individuo queda sólo. También las relaciones wakashudo antes mencionadas, una vez superado el ritual de tránsito, el individuo pasa de mantener una relación en calidad de aprendiz con un adulto, a ostentar él la posición de adulto y buscar un joven con el que establecer un nuevo lazo.

Debido a la tradición patriarcal y al modelo de residencia patrilocal, el título de cabeza de familia en el caso de los linajes de alto rango suele ser ostentado hasta el mismo día de la muerte. Los hijos pueden permanecer en la casa con sus esposas, pero siempre bajo el mando del padre, al cual la vejez no vendrá sino a confirmar su estatus de mandatario. A su vez, la mujer parece “liberarse” en cierto modo de las imposiciones existentes durante el periodo de adultez cuando se la empieza a considerar anciana. En el caso de los hogares donde el padre ha muerto y el primogénito ocupa su lugar, permaneciendo aun la madre viva, esta se convierte en una nueva figura de autoridad (sobre todo para las esposas de los hijos). La figura de la suegra se convierte así en un referente para las nueras, que deben obedecerla; pero también para los hijos, incluido el nuevo cabeza de familia, que compartirá sus primeros años de liderazgo con una madre anciana en una nueva situación de poder.
Determinados puestos de autoridad, como los de los consejos shogunales o consejeros de altos cargos, sólo pueden ser ocupados por ancianos pertenecientes a determinados linajes. Este respeto no existe sólo dentro de la casta samurái, dándose también en las comunidades campesinas la figura del anciano jefe o consejero. Hallándose fuera ya de la vida productiva, es tenido en el poblado como referente al que se le pide ayuda en momentos de dificultad, cuando se espera que haga gala de su experiencia para tomar decisiones o asesorar al resto de la comunidad.

7. **ESTATUS / ROL**

La construcción del estatus dominante, al cual se subsumen el resto de posibles posiciones, viene dada por pertenencia a la casta. A nivel social uno será por encima de todo samurái, campesino, artesano o comerciante, y de ello se derivarán el resto de posibles ocupaciones en la red global de relaciones sociales. Esta posición de estatus es adscrita, y no existen posibilidades de cambio (aunque un comerciante prospere y ascienda socialmente, teniendo incluso a miembros de castas superiores a su servicio, portando espada, casando a sus hijas con samuráis, ostentando abundancia de bienes, etc., nunca podrá aspirar de forma efectiva a obtener la membrecía a una casta superior). De hecho, la doctrina confuciana hace una lectura de estas situaciones como transgresiones del orden natural de las cosas, como intentos por parte de sujetos indeseables de romper los límites que organizan los grupos conforme a una ley superior que sobrepasa las voluntades humanas.

Más allá de esta división primaria en cuatro posibles posiciones de estatus generales, lo cierto es que existe una cantidad enorme de estatus y roles menores, en especial entre los samuráis. Para ellos, la segmentación jerárquica interna en cuanto a rangos según linaje, y a su vez dentro de cada linaje, genera una gran cantidad de posibles ocupaciones con atribuciones perfectamente definidas. Esto no ocurre por ejemplo entre los campesinos, que forman un grupo mucho más homogéneo, en cuyo caso la atribución de un determinado estatus vendrá dada antes por la edad, el género, y sobre todo su papel en los procesos de trabajo, pero nunca por el linaje, ya que ni siquiera portan apellido.

Además de esto existen varias categorías de estatus especiales, como pueden ser el puesto de Shogun, Emperador, o “Kuge”. Los Kuge son familias cortesanas a las que aun no hemos hecho alusión. Este grupo social es sumamente reducido, se limita a unas pocas familias emparentadas con el emperador que viven aisladas en la ciudad de Kyoto, y que ejercen papeles ceremoniales en los rituales imperiales pero no tienen ninguna influencia de tipo político. Al igual que los proscritos burakumin, se hallan fuera del esquema social de castas, ya que no son consideradas samuráis. Durante esta época existen en tanto que forman parte del mundo aristocrático relacionado con la figura del emperador, y su presencia en rituales o ceremonias públicas potencia esa idea de la identidad nacional bajo la unión que otorga el tener un mandatario común de origen divino.

Dentro de la casta samurái, existen numerosos cargos que pueden otorgar al sujeto un estatus específico diferenciado. El rango dentro de la jerarquía de los linajes es el que dota al individuo del estatus de Daimio, de Hatamoto, de Kenin… y a su vez de un determinado lugar en la jerarquía interna de cada uno de los subgrupos samuráis. Pero tal vez sea más interesante hacer referencia a ciertas circunstancias especiales, posiciones de estatus especiales bajo circunstancias muy señaladas.

Este es el caso, por ejemplo, del “Kaishakunin” del Shogun, el albacea oficial de la casa Tokugawa (cada Daimio tiene también el suyo propio). Suele tratarse de un gran maestro en el arte de la espada, es un puesto adquirido al cual pueden aspirar miembros salientes pertenecientes a determinados linajes muy selectos. Su labor es la de cortar la cabeza a quienes se practican el seppuku, aquellos cuyo rango les permite la opción de darse una muerte ritual en la cual este albacea les decapitará para acortar la agonía. La consideración social del albacea, del catador de venenos, o del maestro de espada del shogun (un puesto reservado para el linaje de los Yagyu), se halla en consecuencia con la realidad de que son ocupaciones muy exclusivas y selectas.

Otro caso no menos llamativo es el de aquellos que dan la espalda a su rango. Los ya mencionados ronin son samuráis que renuncian (o son obligados a renunciar) a su estatus privilegiado. Aunque siguen siendo samuráis, el hallarse fuera del sistema jerárquico de lealtades hace que estos sujetos se encuentren en cierto modo excluidos de la sociedad, por no reproducir los comportamientos ni responder a las asignaciones propias de su estatus.

El ronin a menudo es el fruto de una resolución desesperada a una situación que se da no pocas veces entre los samuráis: el conflicto de lealtades. Dentro de ese esquema de obligaciones al que se debe siempre dar respuesta, en ocasiones se produce una coyuntura en la que simultáneamente se exige una retribución a exigencias contradictorias entre sí. De este modo el individuo puede verse abocado a un conflicto intrarrol, en el que, por ejemplo, deberá elegir entre responder a su obligación como padre o a su obligación como vasallo (bajo la orden de que mate a su hijo). También cuando se debe elegir entre servir al Shogun o servir a un señor insurrecto, o cuando uno se ve obligado a transgredir las leyes para salvaguardar el honor del linaje. Es todo ello lo que convierte al seppuku en una práctica tan habitual, ya que aúna en sí la posibilidad de quedar en paz con toda obligación; uno puede traicionar a su señor para ser fiel al shogun o viceversa y más tarde suicidarse limpiando el honor del linaje.

El caso de los cuarenta y siete ronin es un ejemplo ilustrativo de este tipo de conflicto:

La historia comienza con un conflicto entre dos Daimios, Asano y Kira. En una ceremonia en la casa shogunal, Asano se presentó con un atuendo inapropiado que había elegido siguiendo las malintencionadas indicaciones de Kira. Ante esta ofensa, Asano hirió a Kira en la frente para responder al "giri hacia sí mismo" (su honor de samurái), pero, al ser una ofensa hacia el "chu"(deber hacia la ley) sacar la espada en el palacio del Shogun, Asano fue obligado a practicarse el seppuku. Tras esto su feudo fue confiscado y todos sus servidores samuráis se convirtieron en ronin, a los cuales el giri les obligaba a cometer seppuku para seguir a su señor. Pero, ante esta situación, decidieron faltar al giri, a la expectativa que se tenía de ellos, para terminar de consumar la venganza que su señor Asano no pudo llevar a cabo.

Tras esto se dedicaron durante un año a fingir que habían perdido el honor, abandonando a sus familias, viviendo en la vida nocturna de la ciudad, humillándose a sí mismos, con la finalidad de despistar al resto de la comunidad. Uno de ellos vendió a su mujer como prostituta, otro mató a su suegro, durante un año violaron continuamente las reglas del giri de forma deliberada. Pasado este periodo, los cuarenta y siete se reunieron para irrumpir en el palacio de Kira, el cual ya había bajado la guardia ante la posible amenaza de venganza, y le sorprendieron cortándole la cabeza.

De esta forma respondieron al giri hacia su difunto señor, despertando la admiración del pueblo, pero ahora se hallaban contra el chu. Habían decapitado a una personalidad influyente cercana a la casa del Shogun, y lo habían hecho sin seguir el procedimiento oficial por el cual uno debía pedir permiso a las autoridades para llevar a cabo una venganza. Para terminar de aunar los deberes hacia el señor y hacia la ley shogunal, los cuarenta y siete se practicaron el seppuku, pasando a convertirse en héroes del imaginario japonés.

En este relato vemos como se materializa el conflicto intrarrol del samurái, servir al Daimio o a la ley, elegir qué se es antes, vasallo del Daimio o vasallo del shogun, siervo o ciudadano, marido o vasallo, padre o señor, etc. Ante todos estos casos vemos como, a pesar de la estipulación formal de los valores morales, se pueden presentar multitud de soluciones

posibles, superando en ocasiones la inventiva de los individuos a las expectativas que de primera mano se generan.

> *"El tema de Los cuarenta y siete ronin se centra en el giri hacia el señor de cada uno. Según lo entienden los japoneses, describe los conflictos entre el giri y el chu, así como entre el giri y la rectitud, siendo el giri, por supuesto, la virtud triunfante; se ocupa también del enfrentamiento del "simple giri" con el giri sin límites. […] Los cuarenta y siete héroes ofrecen todo al giri: su reputación, sus padres, sus esposas, sus hermanas, su rectitud (gi). Finalmente ofrecen al chu sus vidas, muriendo por sus propias manos."* [1]

---

[1] Benedict, Ruth. *"El crisantemo y la espada".* Madrid. Alianza, 2008. *pp.196*.

CAMBIO SOCIAL

La situación de esta época final del shogunato se caracteriza por los desequilibrios internos generados por la insostenibilidad propia del sistema. Se dan por parte de determinados sectores de la sociedad movimientos insurgentes, revisionistas de las doctrinas oficiales y de las normas establecidas.

En primer lugar la economía sufre grandes desajustes debido a varios motivos. En primer lugar la independencia fiscal de los Daimio, que administran la producción de su han de forma autónoma y hacen dependiente al bakufu de sus recursos. La política de gastos descuidada de algunos shogunes se suma también a una casta comerciante que cada vez es más autónoma y reticente a conceder préstamos, ya que en ocasiones los mandatarios sencillamente cancelan las deudas y dejan a estas casas prestamistas en la ruina. A ello se unen varios años de malas cosechas sucesivas, ante las cuales el bakufu responde con mayores exigencias a los campesinos (obligándoles a pagar impuestos de varios años por adelantado). Esto genera grandes hambrunas y una situación cada vez más precaria de la población rural, que desemboca en revueltas populares y grandes matanzas.

A este clima de turbulencia y desequilibrio hay que añadir la presencia cada vez mayor de ciertos movimientos revisionistas, que tienen lugar dentro de los círculos eruditos de estudiosos confucianos. Surgen así nuevas interpretaciones que ponen en duda postulados fundamentales de las doctrinas oficiales, por ejemplo la vertiente de Ogyu Sorai, que resalta la contradicción entre el ideal confuciano del mérito personal y la existencia de un sistema cerrado de castas que impide la promoción de los grupos. Dentro de las comunidades rurales también surgen movimientos mesiánicos en respuesta a la carestía, como el llamado “Shinto sectario”, que en esta época de crisis promete la curación por la fe en Amaterasu o la felicidad material eterna. Algunas de estas sectas son la “Kurozumi”, la “Konko” o el movimiento “Tenri”. Además el sistema de castas se va debilitando por una pérdida de rigidez en sus límites, sobre todo a causa de una casta comerciante que cada vez va tomando un papel más importante a nivel social. Consiguen nuevos reconocimientos y de forma socavada van llevando a cabo una incursión en la casta samurái, a través de algo que podríamos llamar “exogamia de castas”; concertando matrimonios con familias samuráis en situación de necesidad material, o adopciones de hijos que pasan a tener una nueva condición. Es decir, la rigidez de los límites intergrupales se va volviendo cada vez más difusa y la percepción de su inviolabilidad va decayendo.

Esta situación provoca paulatinamente una disconformidad con el Bakufu, que termina de cuajar en un movimiento de afirmación de la identidad japonesa apoyada en la figura del emperador contra la de los representantes del shogunato. Se empieza a renegar del confucianismo y a ver a los shogunes como mandatarios cada vez más injustos y corruptos, que someten al pueblo a la influencia china (tenida como artificial frente al estilo natural japonés), manteniendo aislado al emperador y negándole la autoridad que le conceden los dioses del sintoísmo. Vemos así como se genera un movimiento de desviación particular, en cuanto que intenta preservar la identidad nacional por encima del poder establecido, de aquellos quienes tanto se habían esforzado por preservar la misma.

BIBLIOGRAFÍA

Benedict, Ruth. *"El crisantemo y la espada".* Madrid. Alianza, 2008.

Hane, Mikiso. *"Breve historia de Japón".* Madrid. Alianza, 2003.

Mutel, J. *"Historia del Japón (el fin del shogunato y el Japón Meiji, 1853-1912)".* Barcelona. Vicens-Vives, 1972.

Reischauer, Edwin Oldfather. *"El Japón: historia de una nación".* México. Fondo de Cultura Económica, 1986.

Voltes, Pedro. *"Historia del Japón".* Barcelona. Salvat, 1957.

Whitney Hall, John. *"El imperio japonés".* Madrid. Siglo veintiuno, 1978.

Yukio, Kaibara. *"Historia del Japón".* México. Fondo de Cultura Económica, 2000.